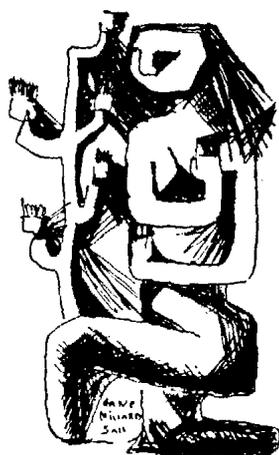


POESIA



Conquistaré el azul ávido de plumaje.

MIGUEL HERNÁNDEZ

L A I I E B R A

A la memoria de mi padre.

1

CARTA ESPECIAL

Me han echado al correo
del oído
una carta de sueños.
Lleva un matado sello
de urgencia en los latidos
y un lacrado misterio.

Cuando me abras
--me ha dicho--
no des el contenido
a cualquier pelagatos que hable en serio;
no permitas que el viento
me destape. (Pudiera tener frío.)

Échame al fuego
antes que me dé alcance un ojo ciego,
o envenene mi sangre el turbio río
que turba la razón de medio a medio.

Letra por letra, entrégame ahora mismo
a quien merezca levantar el vuelo,
a quien sea digno
de encontrarse en cueros
frente al mar donde empieza el infinito.

El alba está en camino.
No hay que temerle al tiempo
que está por escribir. Témele al miedo
que sigue estando escrito
en la orilla de todo pensamiento.

Abre la carta y lee (Lo que digo
es un secreto a voces.) Doy por hecho
que me dirás un día: Estoy contigo.
(Lo que se llama un hombre hecho y derecho.)

2

BALANCE LÍRICO

A Manolo, mi hermano.

Siempre avalo con sangre el silbo nuevo,
la sed que rompe el saco;
suscribo la pupila que hace fuego,
el humo enamorado,
la eléctrica reyerta del cabello,
el vino electrizado.

No seré yo el que desconecte el rayo,
el que le ponga cerco
a la expansión del árbol,
el que le niegue holgura al pensamiento.

Amo la astronomía de los vientos,
peino la azul respiración del barco,
deshojo la flor blanca de los huesos,
manejo un sordo río de caballos.

La cifra me da sueño,
el son me da cansancio,
la paz me deja al filo del veneno,
la calma me tritura entre sus brazos.

No seré yo el que descoyunte el freno,
el que detenga al potro desbocado,
el que le ponga cortapisa al trueno.

Con perdón del teclado,
volaré con la pluma que va al cielo
y me veré en el punto no alcanzado
por el balcón abierto.

Pero en llegando al dios que fue endiosado,
en mí el callar no encontrará agujero
para ocultar la fiebre puesta en claro.

Sembrando agujas me verá el pañuelo
y el corazón será por todo lo alto
la bala que remate mi silencio.

Haré crujir la luz contra mi pecho
y la explosión será sobre mis labios
la hemorragia más fértil del aliento.

3

POEMA DE IDENTIDAD

*A José Caballero Millares,
unidos en la aventura de la poesía.*

Sé que soy un don nadie,
un cualquiera que intenta dar su nombre,
un proyecto en el aire,
una sedienta voz que apenas se oye
en el hondo tumulto de la calle.

Siempre he puesto el amor en primer término,
y al lado siempre del amor al hombre;
amor entre los hombres voy poniendo
sin parar, día y noche,
en la tierra, en la mar y hasta en el cielo.

Y no me ha de importar que no me tengan
en cuenta. O que me digan: Algo has hecho
por librarnos del tiempo que nos pesa.
(Me basta con saber que canto dentro
del que tiene en sus manos y en su lengua
la medida de todo el universo;
me basta con saber que vivo siempre
en el inquieto río de la sangre
y en la vibrante fibra de esos seres
que van con la verdad a todas partes.)

Soy un don nadie, mas yo soy mil veces
una canción de amor que se reparte.
Me llamo CORAZÓN, un nombre breve
que al hombre dio al nacer un nombre unánime.

4

NAUFRAGIO

*A Isidro Miranda, que
vive dentro de sus ojos.*

Me voy, me voy al fondo
—me decía, perdiendo
relación con el mundo poco a poco—,
desnudo, un día y otro,
sin remedio,
de la rosa abismal de este mar nuestro,
intimo de los ojos.

Si al misterio me di de este elemento
en busca del reposo,
el reposo no encuentro
y me invade un deseo
febril, escalofriante de retorno.

Sé que estoy aún a tiempo
de quebrantar del todo
el que fue un día voluntario encierro
y hoy es prisión de mi dolor al rojo
vivo, de mi furioso
corazón de fuego.

Sabedlo:
no me duermo
—nadie se duerme dentro de sus ojos—
aunque así lo parezca, y por muy hondo
que cale en el silencio
y frecuente el espacio misterioso
donde no tiene límites el vértigo.

Aunque deje la orilla del insomnio,
ni me voy ni me pierdo.

Me sumerjo
tan sólo
en los amados ríos del recuerdo
o en los oscuros pozos
donde late con fuerza el sufrimiento.

Y he de volver un día, estoy volviendo
—relámpago de gozo—
roto por fin el hielo
que me aprisiona y donde el alba ignoro,
a la azul superficie, al sol de nuevo.

El hombre que está vivo, está despierto.
Nadie se duerme dentro de sus ojos.

5

DESCUBRIMIENTO DE LA ALEGRÍA

*A José Vega, impresor
y amigo de verdad.*

Cerrado por duelo, no.
Abierto por alegría.

Abierta ventana al sol,
feliz, alegre es la vida.
Maldigo la noche fría,
la muerte que alrededor
de mí, sin palabras, gira.

Yo busco cerrar la herida
que me da pena y dolor.
Quiero volver a la orilla
del mar donde se inició
mi estrella en un agua limpia.

No quiero enlutar mi voz,
vestir de negro la dicha.
Me niego a decir adiós
al sol, al aire, a la vida.

Cerrado por duelo, no.
Abierto por alegría.

6

PALABRA DE AMOR

Has hablado y he visto claramente
el fondo de tu agua,
tu subterránea herida más reciente
y el despertar rebelde
de tu arcángel de sangre en las cerradas
habitaciones donde el grito muere.

Has hablado y he oído claramente:
Si no comparto el sueño y la palabra,
preferible es que calle y que no sueñe.
Nací para ofrecerte,
para entregarme entero, en cuerpo y alma,
no para recrearme y no dar nada
del amor que sostengo y me sostiene.

Ya estamos frente a frente,
y entre gozo y pesar —las tensas alas
con las que el hombre vuela casi siempre—
tomo de tí la luz que me hace falta
para apagar la sed que me oscurece.

Después, igual te siento que me sientes.
Ya somos uno solo en esta estancia
donde el sueño y la vida se parecen.

ELEGÍA DE ÚLTIMA HORA

Por mucho que andar me pese
 en esta vida que tengo,
 tengo que andar —¡qué remedio!—
 y aunque la vida me cueste.

Me doy contra las paredes
 y me desgarró los cueros
 al comprobar que en tu frente,
 de repente,
 el barómetro del sueño
 ha quedado bajo cero.

Todo es duelo
 en mi corazón. No encuentro
 paz alguna en qué meterme.
 (Se me cierran, hueco a hueco,
 todos los huecos alegres.)
 Nunca me he visto tan huérfano
 de la verdad, tan ausente
 de la vida, tan de negro,
 tan partido por el eje.

Un hombre fuera de serie
 eras —¡cómo lo comprendo,
 de una vez y para siempre,
 en el trágico momento
 de perderte!—.
 Sólomente
 reza el hielo
 en el camino. (De verte
 a no verte va un gran trecho.)
 Y vacío, atado al vértigo
 —no es posible que te aliente
 de tan lejos—,
 yo me quedo,
 padre mío, en martes trece,
 y apechugo con el viento
 que esta vez me toca en suerte.

No obstante estar por los suelos,
me armo de tí hasta los dientes
—de armarse de paz es tiempo—
y me desmandan los cuervos
que rubrican el silencio.

(Tienen fuego
mis palabras en las sienas
del invierno,
y mi vida está por verte,
aunque sea por los pelos,
en la vida de la muerte.)

AGUSTÍN MILLARES SALL